

“Tenera a la guerrillera” en Sumapaz

GERMÁN PINZÓN

Violencia, guerrillas, conversaciones de paz, amnistía: estos temas también se ventilaban en Colombia en los años cincuenta, cuando Germán Pinzón escribía sus crónicas y sus reportajes. Tal vez por eso este relato de un viaje a las montañas de Sumapaz, publicado originalmente en el periódico El Independiente, en 1957, resulta hoy tan familiar para los lectores colombianos de los años noventa. En él podemos entrever algunos de los porqués de la violencia que azota a nuestro país desde hace cuatro décadas.

El camino que Pasca alarga hacia el páramo es una centenaria calzada indígena. Tal vez Gonzalo Jiménez de Quesada la encontró ya construida cuando cruzó por aquí detrás del espejismo de El Dorado. Las losas que los chibchas colocaron se han desprendido, rodaron, quedan grandes hoyos fangosos, alvéolos inundados donde los caballos manotean angustiosamente. Y hay también repechos casi verticales, con piso enjabonado de greda donde los resbalones hacen hincar a las bestias.

—Un patinadero de gatos— roncó el abogado Hernando Garavito Muñoz.

El paisaje íngrimo. Marchaba cayendo y levantándose con la ondulación de valles y jorobas, se desplegaba infinitamente con todos los matices del verde, desde el verde amarillento de los pastales decrepitos hasta el verde infantil de los renuevos de la hierba. Pequeños macizos de árboles se reunían a largo trecho y se parecían de lejos a grupos conspiradores. De vez en cuando se cruzaban en el camino y escurrían con mucho afán una quebrada, un arroyuelo, hablando solos. Había algo inconcreto detrás de aquella inmensa soledad, de aquel silencio formidable.

—Juan de la Cruz Varela —dijo Garavito— ya sabe que vamos

hacia allá. Los correos van de casa en casa.

Yo estoy seguro, además, de que todos los objetos: los árboles, los peñascales, los matojos, hacían señas y muecas a Juan de la Cruz Varela y le anunciaban la visita de extraños. Se percibía en la atmósfera la complicidad de la tierra con el hombre, su muda solidaridad hacia los campesinos que supieron poseerla y fecundarla apasionadamente.

—Sin embargo —dijo Garavito Muñoz—, en estos mismos caminos eran asaltados los campesinos que pasaban con su mercadito. ¿Y dónde meterse, por aquí? ¡Habrían tenido que hundirse en la tierra misma para escapar!

El paisaje seguía subiendo, había subido tanto, tanto se enderezó en el aire, que ya no lo veíamos, metido entre una lanuda niebla de algodón.

—¡Ya saben en la casa que estamos llegando! ¡Ya nos vieron!

Los caballos torcieron espontáneamente a la izquierda, se colaron por un agujero de las cercas de púas y se desgajaron al galope loma abajo. Vagos y homogéneos hombres de ruana, todos idénticos a la distancia, emergieron a nuestro encuentro de una casa que allá, al fondo del valle, se agazapaba de espaldas a nosotros. Cuando los caballos se les echaron encima, vi que no, no

eran todos iguales: había niños de 10 años y ancianos temblequeantes.

"HOMBRES DE MAÍZ"

Aquellas gentes se apiñaron en torno de nuestras cabalgaduras. Uno tras otro, venían a sacudirnos con fuerza las manos, sonreídos con sus grandes dientes amarillos de campesinos. Algunos nos abrazaron afectuosamente.

Un hombrecillo pequeñito y obsequioso apareció saludando a diestra y siniestra. Se acercó. Le vi la cara llena de pliegues movedizos, la piel cuadriculada y membranosa, dura como la cáscara de un viejo árbol y rugosa como ella, los ojillos rápidos y las musculosas mandíbulas resueltas. Un casco de explorador, un "corcho" impecable le impartía un sorpresivo aire profesoral en medio de toda aquella gente astrosa, llena de barro, oscura, sucia y pobre. Dijo:

—Me alegro mucho de que hayan venido, aunque la comisión oficial no quiere periodistas en esta reunión. Nosotros sí los queremos, ustedes van a ser nuestros testigos.

Parecía ser el dueño de casa, el anfitrión de los guerrilleros y nuestro. Tiene una actitud paternal, unos gestos pasivos y bondadosos. Nos condujo a la casa, mientras Hernando Garavito le hacía entrega de dos botellas de aguardiente traídas para su obsequio y para combatir nosotros mismos el blanco frío paramuno. A la izquierda, un galpón cerrado. A la derecha, la enorme cocina. En medio, la casa de habitación, con dos cuartos y un corredor en el frente, donde se dispusieron unas butacas enanas para que descansáramos. El hombrecillo del casco le hablaba a Garavito:

—Sencillamente, vamos a ver qué planteamiento van a

presentar los voceros del gobierno sobre la situación en que el Diez de Mayo nos coloca a nosotros. Esta será al comienzo sólo una conferencia de tanteo.

El hombrecillo decía palabras urbanas y desenvueltas con una voz campesina. Tal vez fuese algún eminente del pueblo, de Pasca. Circuló una bandeja llena de copitas de aguardiente. Al brindar, los guerrilleros revelaban cartucheras y revólveres bajo las ruanas. Era un gentío pálido, severo y mudo. Nos movíamos en grupos por el corredor atestado, de cuya techumbre de zinc caían flores innumerables, sembradas en materos hechos con latas vacías de sardinas y tarros de avena. Y hablábamos todos de las terribles jornadas de la guerrilla a través de todos esos años.

Pronto se supo que la revolución también ha sido psicológica: estos campesinos dejaron de serlo como antes los conocíamos, y su actitud intimidada y humilde de otras épocas ha terminado. Ya no se dirigen a la gente de las ciudades con los respetuosos gestos antiguos, quebrados de reverencias, ni se ponen balbuceantes al hablarnos. No. Estoy seguro de que en el fondo nos desprecian. Nos miran con visible lástima cariñosa y mal disimulada, frente a nuestra debilidad urbana, de la cual se sienten defensores. Aun los niños son altivos y seguros de sí mismos, llenos de una orgullosa fuerza.

Muchos nacieron en pleno exterminio y ya hoy, a los 7, a los 10 años, los niños guerrilleros se han plantado muchas veces delante de la muerte con el frío valor de quien la ha visto en los otros y la conoce bien, y la comprende y probablemente hasta la ama en lo que ella representa como solución definitiva para el triste, impotente

y miserable dolor humano. Tuvo misopedia también la dictadura. Y cuando ya los niños tiene que apelar a las armas para defender su pequeña existencia, es porque la despreciable raza de los hombres toca a su fin.

El médico de la guerrilla, con su gorro llanero de alas enormes, sus cejas greñudas y su barbilla belicosa, dijo:

—Hay ya dos generaciones de guerrilleros.

Miro aquellos chupados y macilentos niños, y sus ojos me devuelven una gran mirada desteñida, opaca, vieja. Nunca vi unos ojos de niños como éstos. Son ojos sombríos. Duros. Turbios ojos de anciano que empezara a mirar la muerte. Los niños guerrilleros son los niños más viejos del mundo. Estoy seguro de que hasta se les ha olvidado jugar, de que no juegan nunca. No saben jugar. Ah, no, éstos no son niños.

LAS NOVIAS DE LA GUERRILLA

—¿Hay mujeres con ustedes, entonces?

—¡Uh, muchísimas!

Fue aquello una fuga unánime que se movió a través de los campos y que arrastraba viejos, niños, muchachas. Sobre todo, muchachas. En la violencia, son las muchachas, las mujeres sanas, agradables, hermosas, ellas son quienes deben escaparse primero entre todos los fugitivos. Huyen emboscándose en los matojos, a rastras, de agujero en agujero, estremecida de miedo y repugnancia toda su carne, titilándoles todos los músculos y la piel, corren entre las sementeras y alcanzan la montaña inextricable en terribles jornadas que les despellejan los pies descalzos y les desganzan

los cuerpos de agotamiento y hambre; alcanzan la amistosa montaña llena de escondrijos, donde se mimetizan con la maraña y se disfrazan de árboles, de piedras, allí, en la montaña afectuosa y protectora.

—Todas saben manejar el machete, el fusil, el cuchillo y el revólver.

Escaparon con los guerrilleros desde el principio o los topó en los montes su grande huida ciega. El páramo se llenó de muchachas pródigas y huérfanas que se añadieron a la guerrilla y fielmente marcharon con ella. Ahí están. Con ellas se tramoyó más firme, entrelazada y organizadamente aquel pueblo nómada, parecido al pueblo bíblico exiliado por el pánico a la busca de una patria superada que ya sus sueños estaban habitando. Y, todavía, en mitad de la matanza y del pánico, pudo cumplirse el viejo mandato de la especie con medrosos y desesperados amores, allá en las reconditeces del páramo, y aquellas solidarias compañeras endulzaron la angustia de los hombres, copartidarias de su dolor, regalándoles aquella generosa y también doliente y patética ternura.

—Recuerdo a la mujer del capitán “Vencedor”, que siempre iba con él a la trinchera.

Así, crestearon los páramos, cruzaron valles, salvaron desfiladeros y torrenteras. Un día, al otro lado de la cordillera, en las espaldas de los Andes, comenzaron a edificar casas, un pueblo, hicieron vastos sembradíos, quedó hecha su nueva y pequeña patria. Allí laboraban unos mientras los otros combatían. Luego irían a relevarlos. Detrás de la guerra, consiguieron su paz.

—Tenemos nuestra “despensa”. Con una organización así, podíamos pelear eternamente.

“GRACIAS, DOCTOR”

Alto general en la huida. El éxodo completo se detiene, y voces urgentes buscan a tientas a través de la noche compacta a Félix Rangel: “No se puede seguir. María está dando a luz”. Ordenes cuchicheadas y carreras. La guerrilla reparte centinelas entre la sombra, para proteger el nacimiento. Muy lejos, tiros extraviados andan ciegos por la noche. Aquí cerca, entre las zarzas y los rastros, en alguna parte de los matorrales, está el resuello estertoroso de la mujer sobre los cuales se dobla y trabaja Félix Rangel a la luz de una vela. Los tiros avanzan, ya no están tan remotos. Llegarán. Rangel no tiene agua siquiera. Trapos, pedazos de ropas, tiras de camisas. Eso es todo. Los tiros están aquí. Llegan al tiempo. La vida y la muerte, simultáneamente. Defendido a tiros el alumbramiento, se troza el cordón umbilical con el cuchillo de monte. ¡Adelante, adelante! La madre va en parihuela; se queja al compás de la carrera. ¡Adelante, adelante! El combate queda atrás, cuidando la escapatoria y el monte les abre el paso, les inventa caminos y salidas, corre con ellos, adelante. “¡Paren en la primera quebrada! ¡Lleven a María a la primera quebrada!”

Félix Rangel sabe lo que hace. Desde cuando una vez salió de La Cabrera sobre un caballo desbocado y perseguido a bala, está con los guerrilleros. No es éste el primer parto que auxilia. Asiste muertes y nacimientos, enseñó primeros auxilios a los fugitivos, tiene hasta su cuerpo de enfermeras. Es el “médico” de las guerrillas, un farmacéutico cucuteño, cuya droguería fue saqueada en La Cabrera. Huyó al monte. Aquí está.

—Muy pocos hombres se me han muerto.

—¿Qué hace usted para las drogas? ¿Cómo extrae las balas? ¿Qué hace para cerrar las heridas? ¿Cómo opera de urgencia?

—Todo es a base de agua caliente.

Cura con paños tibios y opera con cuchillo. Ha hecho cesáreas cortando con puñal y ha juntado luego los labios monstruosos de la herida cosiéndolos con una aguja de arriero y con hilo de remiendos. Sus pacientes se convulsionan, sin ninguna anestesia, y a veces el dolor los desmaya. Después inventa vendajes del vestido de alguien y sella su operación de salvaje cirugía. Meses más tarde, los enfermos están otra vez guerreando. Y Rangel, con las manos vacías, inútiles, al menos ofrecía la última ayuda, el consuelo desesperado, su palabra, a los quemados con bombas incendiarias.

—El todo estaba en que pudiéramos recoger nuestros heridos.

“¡VIVA VARELA!”

Dije:

—No demoran ya los emisarios del gobierno. ¿Cuándo aparecerá Juan de la Cruz Varela?

—Allí está. Con el doctor Garavito Muñoz.

¡Era asombroso! El audaz guerrillero, que tuvo en jaque fuerzas abrumadoras lanzadas a su cacería, el jefe de 4.000 y más hombres, quien dirigió la migración de todo un pueblo y disciplinó la bíblica estampida humana... era ese pequeño, suave y paternal hombrecillo que, en una ciudad, despertaría el deseo de ayudarlo a pasar la calle.

En ese momento, un grito desembocó en el corredor:

—¡Ya vienen, ya vienen! ¡Ya llega la comisión!

La gente se movió hacia el potrero. Cuando la cabalgata descendía la loma, los guerrilleros prorrumpieron en tres exclamaciones:

—¡Viva Juan de la Cruz Varelaaaa!... ¡Viva el Gobiernoooo!... ¡Viva la Paaaaaaz!...

PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Los emisarios del gobierno llegaban sin la escolta de un solo policía. El gobernador de Cundinamarca, doctor Carlos Holguín, se quedó confundido súbitamente sobre su caballo:

—¡Están muy bien armados... de cámaras fotográficas!

Venía el doctor Villarreal con un elegante traje de "sport", un pequeño y moderno sombrero y una felpuda ruana gris. El gobernador, alto y admirablemente delgado, cabello y bigote rojos, de apariencia, maneras y sonrisa británicas, saludó a Varela quitándose el sombrero. Varela abrazó muy afectuosamente a Rafael Arciniegas, hermano del escritor y parte de la comitiva. Se congestionó el patio y se atestaron los alrededores. La comisión subió al corredor como a un tinglado mientras la pequeña multitud tomaba posiciones en el patio, donde varios perros merodeaban a la puerta de la cocina y dos pequeños cerdos gruñían y hozaban en el barro del desagüe. Frente a la comisión, una mujer le dio el pezón desnudo al niño que acunaba en los brazos y se dispuso a oír.

Varela: —¿Y qué más, señor ministro?

Villarreal: —Nada, hombre. Aquí bregando para tratar de resolver tantos problemas. A eso hemos venido aquí, a escucharlos

a ustedes para saber cómo podría hacerse para que dejen las armas y vuelva la paz a estas regiones.

Varela: —Esa paz es todo lo que queremos. Estamos cansados de pelear en defensa de nuestra tierra y nuestra vida. Hace casi diez años estamos peleando. No somos gente guerrera. Somos campesinos. Pero se nos ha perseguido, asaltado y asesinado, y tuvimos que echarnos al monte para salvarnos. Nos entregamos varias veces, pero siempre volvieron las persecuciones y se nos encarceló y despojó. Ahora, no dejaremos las armas hasta que verdaderamente comprobemos que podremos trabajar la tierra que nos sea devuelta en una paz efectiva.

Tortuosa, avanzó la conferencia. Varela hizo el tremendo recuento de la odisea guerrillera, explicó sus trágicos motivos, expuso sus peticiones y finalmente se acordó que el ministro llevaría a la Junta de Gobierno el memorial guerrillero. Varela pidió indemnización oficial por las devastaciones. Villarreal la prometió indirecta, en ayuda técnica y de servicios a través de los organismos del Estado. Varela pidió cambio de autoridades. Villarreal ofreció practicarlo con estudio previo individual de los casos, para evitar injusticias. Varela se negó a entregar las armas hasta la completa claridad de la situación, a la espera vigilante de los acontecimientos. Villarreal planteó el voto de confianza al nuevo gobierno, que lo daba a los guerrilleros, y estableció las diferencias entre un Estado bien intencionado y otro desleal. Varela quiso la amnistía absoluta y sin restricciones para todos los procesos políticos, y Villarreal prometió la revisión de todos, para separar a quienes merecen castigos de quienes injustamente

están acusados. El abogado Garavito Muñoz recordó entonces que apenas existe un tribunal militar en Colombia que tardaría por lo menos diez años en revisar los procesos. Varela dijo al ministro que las víctimas no pueden ser juzgadas por los actos que su simple instinto de conservación acarrea y que si a ellos se les va a enjuiciar, debe llevarse también a los tribunales a los creadores, sostenedores y usufructuarios de la violencia y de los crímenes contra el campesinado, a los culpables de genocidio. Por último, todo se resolvió con la decisión de elevar a consulta ante la Junta de Gobierno todas estas peticiones de los guerrilleros.

"SANTOS CHUSMEROS" Y "ARMAMENTO RUSO"

Rafael Arciniegas (Arciniegas, ingeniero, construía una carretera a Sumapaz y en una inspección que avanzó demasiado lejos, aventuradamente fue hecho prisionero por las guerrillas. Estuvo bastante tiempo con ellos. "Primero como prisionero, y después como huésped, porque me dieron el trato más cortés, generoso y agradable que conozca") insistió en que una carretera sería parte importante de la "indemnización indirecta" a los campesinos.

—No, no queremos carreteras nuevas —argumentó Juan de la Cruz Varela—. Ni campos de aviación. ¡Ah, no! Jamás me perdonaré, cuando la primera "amnistía", haber ayudado personalmente a la construcción de los dos aeródromos de Sumapaz, enseñando los mejores lugares para ellos. De allí se mandaron después los bombarderos contra nosotros. Y por la carretera nos llegaron los tanques. No. Los caminos nos bastan. Por ellos cabemos



Boxeadoras. Sincelejo, 1998. El Tiempo.

nuestras mulas y nosotros, nuestra carga, nuestro mercado, nadie más. Sería bastante que, apenas, nos los arreglaran. Nos bombardearon de las 6 de la mañana a las 8 de la noche por semanas enteras, los ranchos fueron borrados del mapa, desaparecieron sementeras y parcelas y cosechas. No queremos seguir viviendo en una tierra ocupada, ni más salvoconductos por los que nos cobraban hasta \$100, marcando los nuestros de rojo para distinguirnos, ni más toques de queda. Sobre todo, no más “comisiones punitivas” detrás de las cuales marchaban hordas de “pájaros” para recoger lo que la destrucción dejaba en pie, y que llegaron hasta a quemar la iglesia pajiza de San Juan y los altares tradicionales de los ranchos, porque en ellos estaban “los santos de los chusmeros”.

—¡Ah, sí! —intervino el párroco de Pasca, padre Jaime Betancourt—. Imagínese, señor ministro, que existía hasta la superstición de que algunas imágenes que son de la devoción de los campesinos eran llamadas “santos chusmeros” y se las perseguía como a los propios devotos.

Todos rieron. ¿Por qué? Yo pensaba que los persecutores de imágenes religiosas tenían razón. Quizás ellas protegían a los guerrilleros. Sí, probablemente a las imágenes santas les gustaban los guerrilleros y hasta los ayudaban, bendiciéndolos o cosa parecida en la feroz lucha por la defensa de sus chozas y de todo lo que ellas contenían. ¿Por qué no iban a estar las imágenes religiosas, los ángeles y santos, de parte de los guerrilleros? Tal vez los guerrilleros invocaban mucho a esos santos campesinos. Por ejemplo, en el instante del terror, de la huida. En el momento de morir. En todo caso, las santas

imágenes eran quemadas. Los santos podrían contarle al buen Dios lo que habían visto, y quizás al buen Dios tampoco le pareciese que aquello estuviera bien. A lo mejor, Dios podía ponerse de un momento a otro de parte de los guerrilleros. Me parece estratégico, entonces, que las imágenes fuesen quemadas. Tratándose de una guerra, era lógico cortarle al enemigo estos refuerzos.

—Los campesinos tendremos nuestros registros benditos siempre a la cabecera, y sin embargo la dictadura nos tildó de comunistas. ¡Hasta armas rusas dijeron que dizque teníamos...! Nuestras armas rusas son todas como el cañón que hacíamos con un tubo del acueducto, taponado de cemento y relleno de la dinamita de las bombas sin estallar que recogíamos, junto con pedazos de latas, de ollas, cascajos y todo lo imaginable. O como el arma que inventamos, la “rodachina”, fabricada con dos pedazos de tubo curvo unidos por el centro y doblados hacia afuera. También los rellenábamos de dinamita y de trozos metálicos. Los colgábamos de los árboles con una larga mecha, y cuando los otros estaban encima, el último de nosotros la prendía y escapaba. No sé por qué tiene tanta fuerza explosiva la “rodachina”. Los tubos salen girando y estallando con una terrible potencia y se llevan todo lo que encuentran por delante. ¡Esas son nuestras armas rusas!

TERNERA A LA GUERRILLERA

El doctor Villarreal miró el reloj y se puso en pie. “Debemos irnos”, dijo. “Tenemos una cantidad de asuntos en Bogotá”.

—¡No, doctor, espérense que ya van a servir el almuercito! (Hasta

ese momento, la comisión no había tomado otra cosa que una tacita de tinto servida poco después de llegar).

Hacia rato se advertía un intenso trabajo en la cocina, de donde salían a cada momento los perros, espantados. Se abrió una puerta de la casa y la comisión fue invitada a seguir a un cuarto bastante amplio, de bajo techo empapelado íntegramente con periódicos para disimular los “chusques” y vigas del zarzo.

—Esta casa era una escuela. La escuela acostumbrada de las veredas, que ahora ha desaparecido —informó el padre Betancourt—. Esta era la escuela de “Lázaro Fontes”.

—¿Lázaro Fontes? —preguntó el ministro—. ¿No era algún capitán?

—Creo que sí, de la Conquista, de las huestes de Gonzalo Jiménez de Quesada.

Una muchacha silenciosa comenzó a servir el almuerzo, rápida y eficaz. Vasos de jugo de curuba para todos. Juan de la Cruz Varela comentó:

—Las escuelas son muy necesarias. Necesitamos escuelas. Yo no pude educarme. Mis padres no pudieron pagar colegios.

—¿Pero no saben que Juan de la Cruz tenía una biblioteca que valía 12.000 pesos? —dijo el padre Betancourt—. Durante el régimen de Laureano Gómez, le incendiaron la casa a Juan de la Cruz en La Cabrera. Telegrafó al doctor Gómez, y éste envió un investigador especial. Avaluaron la biblioteca quemada en 12.000 pesos. Juan de la Cruz es un autodidacta. Aprendió él solo a leer y escribir. Y ha sido dos veces concejal.

Después del vaso de curuba, llegó un espeso ajíaco salpicado de menudencias de pollo. La conversación en cambio, se fue por las ramas, se refirió a las

curubas, más tarde a la alfalfa y luego a las ovejas.

–No sé por qué –apuntó el ministro– hay aquí la idea de que las ovejas no necesitan pastos de mayor calidad y las amarran en los peores lugares. En Inglaterra no pasa lo mismo. En Inglaterra escogen las mejores hierbas para que las ovejas engorden. E Inglaterra es un país más o menos fuerte en ganado lanar.

Le pusieron delante un nuevo plato: una presa de pollo, la pechuga, y dos inmensas papas, gigantescas, monstruosas flotando en una salsa dorada y humeante. Lanzó una satisfecha exclamación:

–¡Caramba! ¡Estas sí parecen unas verdaderas papas tocanas!

–¡Nos han dado un almuerzo suculento! –apoyó el gobernador, doctor Holguín–. ¡Con una cosa así les puedo hacer fieros durante un mes, por lo menos, en mi casa!

Se habló de ciudades, de viajes. El ministro relató cosas de Londres. Juan de la Cruz Varela dijo que había nacido también en Boyacá, había ido muy niño a La Cabrera, luego a Icononzo, por último al páramo de Sumapaz y nada más.

Cuando probaban el arequipe, último plato del almuerzo guerrillero, quedó súbitamente revelado que el señor gobernador de Cundinamarca es tenor lírico, y tiene ensayos casi a diario. Se muestra muy satisfecho de ello.

–Pertenezco a la Sociedad Coral Bach. Somos más o menos sesenta voces masculinas y cuarenta femeninas. La Sociedad Coral Bach está haciendo un buen trabajo. Ultimamente ha presentado obras de gran envergadura: Mozart, Beethoven... y creo que la próxima vez será todavía algo más importante.

El doctor Villarreal anunció:
–En Inglaterra, el espectáculo musical más grande es la presentación del “Mesías”, de Händel.

Y terminó la “ternera a la guerrillera”. Los comensales fumaron largamente, acomodados en sus butaquitas campesinas. Arciniegas hablaba de carreteras. Afuera, los guerrilleros dormían bajo el sol tumbados en el potrero. La comisión dispuso su partida. El gobernador montó una mula, hábil para los malos caminos. Ya ante su caballo, el ministro Villarreal se despidió de Juan de la Cruz Varela:

–Celebro haberlo conocido. Volveré a visitarlo con las decisiones de la Junta.

–¡Adiós, su señoría, lo esperamos! ¡En sus manos está la paz de este pobre pueblo que confía en usted!